

BX3712

.A1

D36

V.2

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica,



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## CAPITULO I.

### Sucesos de la navegacion de los Jesuitas de Veracruz á Italia.

Dijimos en el capítulo anterior, que la salida de los Jesuitas de Veracruz á Europa se habia hecho en cuatro diversas ocasiones: la mayor parte de ellos en la primera, la más penosa por los trabajos de mar y tierra y los peligros de vida que despues corrieron; la segunda, la de los enfermos que quedaron en Veracruz, que reunidos á los primeros en el puerto de Sta. María inmediato á Cádiz, caminaron juntos á Córcega: la tercera, de los misioneros de California y otros detenidos en México, que del puerto de Cádiz pasaron directamente á Italia: la última, la de los misioneros de Sonora, Sinaloa y Pimería, que llegaron á España pasados dos años de la expulsion, y quedaron en la Península arrestados lo restante de sus dias en varios conventos. Los diversos sucesos de estas cuatro navegaciones no nos constan todos detalladamente; los principales son los únicos conocidos y nos los ministra la historia. Su noticia la tomamos de la obra publicada en Bolonia en 1792 por el P. Maneiro, en tres tomos, con el título de "Vidas de algunos mexicanos," de la biografía del P. José Julian Parreño, impresa en Roma en el mismo año y de otras tres inéditas: la carta edificante del P. Francisco Ceballos penúltimo Provincial, escrita por el P. Juan Ignacio Gonzalez, su compañero en Bolonia en 1770; la titulada Certámen poético sobre el Calvario y el Tabor, y la del P. Antonio Priego, de que existía un ejemplar en la Biblioteca de la Universidad de México. Combinando, pues, estas diferentes noticias, únicas que hemos podido recoger, y que si bien todas convienen en su exactitud, no las tenemos por completas para formar una cumplida narracion, entre otras razones por la muy principal de que en la pragmática de expulsion se prohibió á los Jesuitas no solamente toda comunicacion con sus pátrias, sino que se agregó la terrible pena de privar á todos de la miserable pension que se les habia asignado, si uno solo escribia algo en su defensa ó apología, lo que los hizo muy cautos en lo que escribian para no dar lugar á malévolas interpretaciones. Reuniremos los reducidos datos que todas esas piezas nos ministran, sirviendo esto de satisfaccion por si algunos de nuestros lectores extrañaren pormenores de mayor claridad en esta materia de nuestra Continuacion.

Preparadas ya las embarcaciones para conducir á los Jesuitas á Italia, despues de tres meses de haber luchado con el insalubre cli-

005781

ma del puerto de Veracruz, tiempo muy dilatado para affijir á aquellos religiosos con la constante vista del mar, si se reflexiona en el terror que inspira, especialmente á unos hombres acostumbrados por muchos años á la vida pacífica de sus Colegios y á las tranquilas costumbres del estudio y ministerios eclesiásticos, y además, en su mayor parte mexicanos, que nunca habian viajado y participaban de los temores que en esa época dominaban á los que tenian que atravesar las aguas del Oceano; se dispuso la partida, calculándose el número que podian contener los buques. Sea porque en efecto no fuesen suficientes para contener aquella multitud de desterrados, que pasaba ya de quinientos; ó por un efecto de piedad, se dispuso que todos los convalecientes y los que aún se hallaban enfermos en el hospital, permaneciese en Veracruz hasta su total restablecimiento. Esta providencia aumentó la aficcion de los desterrados por aquella separacion; aficcion que ya era muy grande por el considerable número de sus hermanos que dejaban sepultados en Veracruz. Pero constantes en su obediencia recibieron aquel nuevo golpe, dejando de Superior de los que quedaban al P. Agustin Antonio Márquez, llevando además el consuelo de su pronta reunion, tanto porque la estacion era ya más favorable, cuanto porque disminuido el número de los reunidos en los conventos, aquello influiría en que terminara la enfermedad endémica que les habia sido tan fatal.

El 21 de Octubre de 1767 comenzaron á embarcarse los Jesuitas en los buques que formaban el convoy, cuyo número ignoramos y solo se sabe que la capitana era la fragata *Dorada* (1). Por mucho que se procuró que el embarque se hiciera lo más ocultamente posible, llegó á conocimiento de toda la poblacion, la que se hallaba junta el dia 25 en que se hicieron á la vela los navíos. La conmocion del pueblo fué grande y sus lágrimas manifestaron lo sensible que les era aquella partida: con grandes gritos se despedian de sus inocentes paisanos, y aun la misma tropa, dice un testigo ocular, se prostaba á sus piés, y los abrazaban llorando. Los buques habian quedado atracados entre el puerto y el castillo de Ulúa: así es que des-

(1) El Sr. Dávila no tuvo noticia, segun se vé, de las embarcaciones en que salieron los Jesuitas desterrados. Daremos aquí sus nombres y fechas: el 26 de Julio de 1767 en la fragata *La Flora* salieron 55 individuos. El 25 de Octubre en las fragatas, *La Flecha*, *El Júpiter*, *La Dorada*, *El Nancey*, paquebot *Ntra. Señora del Rosario de Torrentegui*, y goleta *Santa Bárbara* salieron 210 individuos. El 8 de Noviembre en el paquebot *Jesús Nazareno*, alias *El Volcan*, salieron 30 individuos. El 19 de Noviembre, en la fragata *La Juno*, bergantin *Nuestra Señora la Antigua*, y paquebot *Guadalupe* salieron 75 individuos. El 29 del mismo mes, en la fragata mercante *San Miguel*, alias *El Bizarro* y en la fragata *El Buen Suceso* salieron 110 individuos. El Sr. Dávila no menciona la primera expedicion que zarpó de Veracruz el 26 de Julio de 1767, como acabamos de indicar, y además en la página 326 del tomo primero, fija la salida de la mayor parte de la Provincia entre el 21 y 25 de Octubre, sin embargo de que como se ha visto, las diferentes fechas de embarque fueron entre el 25 de Octubre y el 29 de Noviembre. Estos datos los hemos tomado de unas listas formadas en Veracruz por un testigo presencial, y en ellas constan además los nombres de los individuos que partieron en cada uno de los buques. (N. del E.)

de el muelle, las ventanas y azoteas de las casas que daban al mar y estaban llenas de gente, se distinguia todo cuanto ahí pasaba. Habiéndose disparado un cañonazo, para hacerse á la vela, creció el llanto y se aumentaron los clamores de todos los presentes; los que llegaron al colmo, cuando vieron á los Jesuitas arrodillados sobre cubierta vueltos de cara á la playa, implorando el auxilio de la Sma. Virgen, rezando en voz alta las Letanías Lauretanas, acompañándolos desde el puerto los testigos de aquel tristísimo espectáculo que no se retiraron hasta haberlos perdido de vista. Lo que los Jesuitas tuvieron que sufrir en esta primera navegacion de Veracruz á la Habana, solo pueden conocerlo los que hayan navegado, áun despues de perfeccionada la navegacion en estos últimos tiempos, especialmente cuando hay mal temporal: para formarse una idea bastará decir, que casi en su totalidad sufrieron los molestísimos síntomas del mareo, tanto más penosos, cuanto que iban hacinados en los buques, por muchas horas y áun algunos dias encerrados en los camarotes y á oscuras enteramente, por haberse cerrado las troneras para impedir la entrada de las olas alborotadas: la falta de alimentos, ya por la enfermedad, que tenazmente los rechaza, y ya por el gran número de viajeros, aumentaban las penalidades, y mucho más, cuando ese viaje, que actualmente se hace por los vapores, en cuatro á seis dias, duró hasta el 13 de Noviembre dia de S. Estanislao de Kostka, es decir á los veinte de embarcados.

La muerte siguió asestando sus tiros sobre los miserables proscritos y el mar comenzó á recibir en su seno los cuerpos de los trece, que segun el Padre Priego fallecieron en la navegacion, de Veracruz á Sestri en Italia, como marcando ese fatal camino. Antes de llegar á la Habana murió el P. José Velasco, natural de la Villa de Carrion y uno de los sujetos más distinguidos de la Provincia por sus virtudes y literatura á pesar de no contar todavía cuarenta años: sus dos hermanos los PP. Benito y Manuel, tuvieron el dolor de verlo sepultar en las aguas, por haberse creído que habia muerto á consecuencia de la fiebre amarilla.

Llegados á la Habana en el deplorable estado que puede imaginarse, el descanso fué tenerlos á bordo, nada menos que por 24 dias, sin permitirles salir á tierra ni aun á los islotes inmediatos. Todo lo que pudo conseguirse de la humanidad del Gobernador, que lo era el Sr. Bucareli, fué que algunos vecinos piadosos los auxiliaron con varios regalos, entre ellos víveres frescos y algunos botes de polvo colorado, de que se hacia grande uso en esa época: los muy enfermos pasaron al hospital de los Betlemitas (hoy Colegio de la Compañía restablecida), donde quedaron sepultados diez y seis, entre ellos los PP. José Alaña, operario muy apreciado en esa Isla y José Zepeda que habia llegado de Guatemala; los moradores de ese

Colegio, en número de trece, reemplazaron á los difuntos embarcándose con los mexicanos.

Pero antes de seguir adelante digamos dos palabras sobre el P. Zepeda: nació el 26 de Octubre de 1720, en la antigua Ciudad de Guatemala, arruinada completamente por los temblores en 1751: su familia se honraba mucho con el parentesco que la unia con la gran Santa Teresa de Jesus reformadora del Cármen: desde niño se distinguió por cierta natural circunspeccion sobre su edad, que conservó en su juventud y lo hizo acreedor en la Compañía á puestos que solo se conferian á los de muchos años: en 20 de Julio de 1737 visitó la sotana en el noviciado de Tepotzotlan y á los pocos dias su maestro el P. Mateo Ansaldo, que fué despues provincial, sujeto dotado de mucha prudencia y conocimiento de espíritus, lo eligió para superior inmediato de sus demás connovicios; con tal acierto, que como despues certificó uno de ellos que habia entrado en la Compañía de edad madura y ordenado in sacris, Zepeda dirigia el noviciado con tan singular virtud y de una manera tan prudente que causaba admiracion: hechos los votos del bienio, y habiendo aprendido ya grámatica, prosiguió sus estudios de humanidades, filosofía, teología y derecho canónico, con tal aprovechamiento, que sostuvo las primeras funciones públicas que en esa época acostumbraban los Jesuitas estudiantes, enseñando en seguida ya una, ya otra de estas facultades en los Colegios de Puebla, Valladolid, México, Celaya y Guadalupe con grande fruto de sus discípulos y con grandes aplausos de su saber, especialmente por su facilidad en la poesía latina, tanto que en la última Ciudad tomaron empeño los oidores de que permaneciese por algunos años, sirviendo casi todas sus cátedras, como lo hizo adquiriéndose, el nombre de sábio: en el seminario de S. Ildefonso de México desempeñó los mismos cargos y en iguales términos, saliendo de sus aulas sujetos muy distinguidos, como el P. Francisco Aniceto Recio, que fué despues carmelita y los PP. Narciso Gonzalez, Ignacio Zamorano y otros siete de sus condiscípulos que abrazaron posteriormente el Instituto de la Compañía. De las aulas pasó al gobierno de los colegios, aun no contando sino treinta y seis años de edad: fué Rector del dicho Colegio de S. Ildefonso, en que se contaban trescientos alumnos: y lo fué despues del de mismo título en Puebla, de igual categoría que el de México y en ambos, no solamente fué el ídolo de los colegiales por su amabilidad, prudencia, modestia y demás virtudes, al grado de que se verificó que en esos establecimientos jamás hubiese defecto de importancia que corregir, porque todos le obedecian y seguian enteramente sus consejos; sino que se notó con aclamacion universal, un gran talento para conocer las inclinaciones de los jóvenes, y dirigirlos por el camino á que los inclinaba su naturaleza; con mucha suavidad y sin contrariarles en

nada, recomendacion que siempre se ha hecho de la enseñanza jesuítica y que fué muy singular en el P. Zepeda. Seis años duró de superior de ese Colegio, y en la Congregacion provincial de 1763 fué nombrado procurador para Madrid y Roma en tercer lugar para sustituir al propietario que faltara: y en el entretanto se le mandó á gobernar el Colegio de la nueva Guatemala, donde fué muy bien recibido. Pero apenas cumplido el año de su rectorado, cuando, en virtud del decreto de expulsion tuvo que navegar á la Habana, donde despues de una corta detencion, enfermado gravemente fué trasladado al hospital de los Betlemitas, y á pocos dias, recibidos los Santos Sacramentos, entregó el alma al Señor el 28 de Noviembre del mismo año de 1767, siendo de edad de cuarenta y siete años, un mes y siete dias.

El día 8 de Diciembre dedicado á la Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora, prosiguieron su navegacion los Jesuitas para el puerto de Cádiz, con las mismas penalidades, ó mejor dicho, con más graves, por la mayor duracion del viaje, que fué de tres meses cumplidos, pues arribaron al referido puerto el 8 de Marzo de 1768.

Lo admirable en esta embarcacion fué la vigilancia de los superiores, pues para cada una de las naves se nombró uno, para que no decayera la observancia religiosa aun en aquella crítica situacion, tanto en los Padres antiguos, como en los jóvenes. De los de la tercera probacion que pertenecian á estos últimos, se encargó el P. José Vallarta, catedrático que habia sido de Teología en la Universidad de México, el que procuró con todo empeño se prosiguiese entre sus súbditos la misma distribucion y ejercicios que previenen las constituciones: igual cuidado se tuvo con los estudiantes recién salidos del noviciado y los ocho novicios que los siguieron: bajo la direccion del P. Dionisio Perez, Ministro del Colegio Máximo, se continuó en lo posible la secuela de los estudios y se vigiló en las prácticas religiosas. En general en todas las embarcaciones se veia una devocion fervorosa; ya celebrándose el Santo Sacrificio, siempre que lo permitia el tiempo, en que se turnaban diariamente algunos Sacerdotes, comulgando todos los demás; ya en las horas de oracion, lectura espiritual, Letanías de los Santos diarias, rosarios, novenas y otras prácticas piadosas que se hacian en comunidad, con lo que se fortalecian aquellos corazones atribulados para sufrir heroicamente todo lo que el Señor quisiera que les sobreviniese. Para no repetir una misma cosa, diremos, que salvo en ciertas ocasiones, de que hablaremos despues, en que se interrumpieron estos ejercicios en comunidad, fué esta la práctica constante en las diversas navegaciones que hicieron los Jesuitas, y que les acarreó el favor divino. “La proteccion tan especial del Señor, dice el escritor de la vida del P. Ceballos, que se experimentó en esta navegacion,

como en las demás en que vinieron los Jesuitas, fué tan particular, que capitanes, oficiales y áun los mismos marineros notaban providencias particulares á cada paso: no pereciendo navío alguno de tantos como han conducido Jesuitas, muchos de partes tan distantes y por tantos mares. Lo cierto es que ya en el puerto de Cádiz se decia como proverbio de cualquiera navío que venía de las Américas: *Ese navío conduce Jesuitas, pues seguro está que se pierda.* ¡Bendito sea la misericordia del Señor por la cual le damos infinitas gracias y perpetuamente le alabaremos considerando sus maravillas y prodigios que obró con nosotros y vivimos y tocamos sureando los mares! ¡Cuántas veces nos vimos en peligro de perecer por la fuerza de vientos, de rayos y tempestades, que sosegaba el Señor impensadamente con sola su palabra y con aquel soberano poder con que domina los mares más alborotados y aplaca sus más encrespadas olas! ¡Qué angustias no padecíamos en el alma con aquellos balanceos tan violentos y para nosotros desacostumbrados, con que los navíos al compás de un mar soberbio y enfurecido, ya parece que nos levantaban hasta el cielo y ya que nos hundian hasta los abismos, de donde resultaba que muchos con el mareo y susto ó parecian moribundos ó como ébrios metidos en sus catres con horror de todo alivio que les provocaba á basca, morian de hambre que no podian satisfacer comiendo! Todos estos trabajos padecíamos de que nos libró el Señor porque clamamos á su misericordia....”

Al día siguiente de su llegada á Cádiz pasaron todos al puerto de Santa María, donde fueron alojados en el hospicio que allí tenían los misioneros para hospedarse cuando pasaban á Indias, y aunque ese edificio era sumamente amplio se hallaba entonces literalmente lleno de los sujetos de las seis Provincias Americanas que habian llegado antes que la nuestra; de suerte que fué tal la estrechura en que quedaron todos, que no quedó ni un solo rincon en que no se colocara una cama. A pesar de tanta estrechez y molestias consiguiéntes, el ejemplo de caridad entre todos, de observancia y de piedad se hizo notar de las gentes todas de la poblacion: los sacerdotes de las provincias se turnaban por dias para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, lo que se hacia á puerta cerrada: todos los demás comulgaban diariamente y asistian reunidos á las prácticas de comunidad: reinó, en fin, tal union entre todos, que faltan palabras para encarecerla: como el número era tan crecido se formaron particulares reuniones, ya para el estudio, ya para la lectura espiritual y ya para especiales rezos lo que tenia asombrados á los sirvientes de la casa, que participaron igualmente de tanta piedad y celo, juntándose á la explicacion de la doctrina, á rezar el rosario y las muchas novenas que allí se hicieron: con gracia decian aquellos criados andaluces: “estos Padres criollos no saben otra cosa que rezar, leer y

abrazarse.” no quedó festividad ni santo alguno notable en los tres meses de residencia en el Hospicio, á quien no se hiciera su novena; y lo que fué más importante, considerándose que los trabajos y riesgos hasta allí pasados no eran otra cosa que el prelude de los mayores que se les esperaban, en medio de las grandes incomodidades que padecian y poca ó ninguna disposicion que prestaba el edificio, se repartió toda aquella gran comunidad en tandas para hacer los ejercicios espirituales de su Sto. P. Ignacio.

La Providencia divina sobre estos oprimidos religiosos, se hizo muy visible en esta ocasion: nada más natural parecia que en aquella aglomeracion de tantos centenares de personas, y que tanto habian padecido por cerca de un año hubiera estallado una epidemia, y mucho más en una costa marítima: con todo, no se dió este caso y el estado sanitario de la casa, fué el más favorable que podia esperarse: murieron únicamente quince, fraccion muy corta respecto de más de mil que estaban allí arrestados, ancianos muchos; y la última enfermedad de todos nada tuvo de epidémica ni de contagiosa.

Otro favor del cielo recibió la Provincia en aquellas tristísimas circunstancias, y fué la constancia en su vocacion en multitud de sus miembros, que de mil maneras fué tentada. Baste como prueba el siguiente caso que leemos en una nota de los materiales que nos han servido para nuestra Continuacion: “Es sabida, (dice el escritor) en la Provincia de México, la accion gloriosa del P. Francisco Javier Lozano: pues viéndose en el puerto de Santa María en el estrecho ó de dejar la sotana, ó de perder la gracia de su padre natural, y con ella las conveniencias del mundo, eligió antes su indignacion y el que no lo conociese más por hijo suyo, que el perder á su madre la Compañía”. (Calvaristas y Tavoristas).

Entre tanto eran detenidos los Jesuitas en el puerto de Santa María, navegaban los que habian quedado en Veracruz. Diremos dos palabras sobre este segundo viaje. Restablecidos ya los convalecientes, y no habiendo fallecido ninguno desde el 11 de Diciembre, cuidó el P. Márquez, su superior, de que hiciesen todos bajo su direccion los ejercicios espirituales para prepararse á la navegacion, que se les habia intimado hallarse próxima; y á cuyo efecto habian salido ya de México en ese mismo mes, los que habian quedado enfermos en el hospital de los Betlemitas ó arrestados en algunos conventos para rendir cuenta de los colegios. Llegados todos al puerto se embarcaron el 30 de Enero de 1768, yendo en su compañía el P. Francisco Perez de Aragon, que á pesar de su edad, enfermedades, y habersele concedido una escepcion por estas circunstancias, no la quiso admitir como el P. Ignacio Calderon muy anciano, que quedó en Puebla; repitiéndose en el P. Francisco el ilustre ejemplo que ha-

bia dado en España el célebre P. Pignatelli, que se negó á abandonar á sus hermanos en aquella comun calamidad. El mismo ejemplo dió el P. Márquez á quien le hizo la misma oferta, por el mal estado de su salud y el alto concepto de su gran santidad. Su salida fué de no menos edificacion: arrodillados en la playa, ante la multitud que presenciaba el embarque rezaron como los primeros las Letanías Lauretanas, y entre los clamores y llanto de la multitud pasaron en seguida á los botes.

Este segundo viaje fué no menos penoso á los desterrados: de Veracruz á la Habana emplearon veintiseis dias; y aunque en ese puerto se les permitió desembarcar, segun parece en el Pueblo de Guanabacoa ó en el de Regla, donde descansaron algunos dias, reembarcados de nuevo para proseguir su camino, se vieron en peligro próximo de perecer por una tempestad furiosa que sufrieron en el canal de Bahama, de que creyeron salir vivos por las oraciones y méritos del P. Márquez. En fin despues de setenta dias de navegacion arribaron á Cádiz, de donde pasaron al hospital de San Juan de Dios del puerto de Santa María reuniéndose en seguida á los demás Padres á principios de Mayo del mismo año. Tanto este V. Padre como el referido P. Perez y demás que los acompañaron, llegaron antes de la salida general de las provincias americanas de España; pero ambos, como veremos adelante, fallecieron en ese puerto.

Aunque en el mismo mes de Diciembre habia salido tambien de México el P. José Julian Parreño con varios misioneros, entre ellos el P. Andrés Cabo, hasta el número de cincuenta, no sabemos porque no hizo este segundo viaje de que acaba de hablarse, ó porque no llegaron oportunamente por haberse detenido tres dias en Jalapa por la enfermedad de dicho P. Parreño, ó tal vez por haberse considerado, no haber ya lugar en los navíos. El resultado fué que este tercer viaje se difirió hasta el mes de Marzo. Pero antes de que se hiciesen á la vela, se ejerció otro acto de crueldad con los recién llegados. Luego que entraron á Veracruz, ó para quitarlos de la vista de la población, para que á su salida no se repitieran las muestras de sentimiento que en las dos anteriores, ó por otro motivo que no es facil de averiguar, fueron arrestados en un buque que servia sin duda de ponton, guardado por cierto número de tropa. En ese lugar sufrieron otra nueva humillacion, de que al fin los libró la firmeza de sus superiores. "Estando allí confinados, escribe el P. Cabo, disponian los soldados de guardia (ordinariamente dos veces al dia) que subiéramos á cubierta todos nosotros, que llegábamos á cincuenta; lo que pareciendo indecoroso al P. José Julian, no se pudo conseguir por ningunos ruegos ni amenazas, que se presentara con los demás: y antes bien hizo decir al jefe por medio de intérprete (sin duda se fió este encargo á soldados extranjeros) que era

cosa indigna contar con tanta frecuencia á modo de rebaño á unos hombres sacerdotes y muy beneméritos de la República. De esto resultó que en lo sucesivo se dejase de molestarnos y se abstuvieran de contarnos tan frecuentemente. Despues se supo que la guardia se habia excedido de las órdenes del Gobernador de la Ciudad, que habia prevenido se tratara á los desterrados con toda benevolencia y humanidad, entendiendo los soldados que no estaban allí para custodiarlos, sino para servirles de proteccion y amparo."

Llegados á la Habana, descansaron pocos dias en un pueblo inmediato, aunque siempre sin comunicacion con la gente del puerto, mientras tanto se disponian los buques; y salieron para Cádiz el 2 de Abril, á donde llegaron despues de haber sufrido una deshecha tempestad el dia 13 de Junio, tres dias despues de la salida de todas las provincias americanas para Córcega. Esta casualidad salvó á los nuevos viajeros de las molestias y peligros que los anteriores experimentaron en aquella navegacion. Por el mal tiempo se les detuvo en el puerto de Santa María en el hospicio de los misioneros de que ya hemos hablado, donde permanecieron, aunque siempre en arresto hasta el año siguiente por el mes de Marzo en que reembarcados para Italia directamente, llegaron, no sin haber sufrido nuevos peligros y trabajos á Civita Vecchia, de donde pasaron á Roma.

Del último viaje, el de los misioneros de Sonora y Sinaloa, de cuyos grandes trabajos y desgracias hemos hablado en el otro capítulo, lo que se sabe es, que salieron de Veracruz en número de treinta y dos, y detenidos por muchos meses despues en la Habana, llegaron felizmente á Cádiz el dia 10 de Julio de 1769, dos años despues de haberse intimado el decreto de expulsion en México. De allí pasaron al puerto de Santa María al tantas veces dicho Hospicio, donde se les tuvo arrestados por tres años enteros, hasta que de orden del Rey fueron distribuidos por diversos lugares de la Península española y confinados á varios conventos de religiosos, donde todos acabaron sus dias en el destierro, sin tener el consuelo de reunirse á sus hermanos ni de disfrutar de la libertad de que ellos gozaron en Italia. ¡Tal fué el triste destino de esos hombres apostólicos de los que algunos habian empleado más de veinticinco años en civilizar y hacer cristianos á las tribus bárbaras!

Antes de referir los sucesos del viaje de los Jesuitas de España á Córcega, de allí á Sicilia, y por último á Bolonia y demás ciudades de Italia, donde tuvo fin su destierro, y principiaron otros nuevos trabajos, diremos algo sobre varios Jesuitas muertos antes de emprender este último viaje.

En el puerto de Sta. María, el 24 de Noviembre de 1768 falleció el P. Francisco Perez de Aragon, que habia llegado á Cádiz en el segundo viaje con los enfermos que habian quedado detenidos en

Veracruz. El P. Francisco fué uno de los hombres más distinguidos de la Provincia en esa época, tanto por sus honoríficos antecedentes en el siglo antes de abrazar el Instituto, cuanto por las virtudes que practicó despues de haber tomado la sotana y los servicios que prestó á la religion. Fué natural de Zacatecas, donde vió la luz primera el 25 de Julio de 1692: sus padres fueron personas muy ilustres no ménos por su cuna y riquezas que por su cristiana piedad: de muy jóven fué mandado á México donde estudió en el Colegio de S. Ildefonso, filosofía y ambos derechos y despues de una carrera muy lucida, y todavía en la edad de la juventud recibió el grado de Dr. en leyes en nuestra Universidad: aunque desde entonces se sentia muy inclinado á la Compañía, habiendo quedado viuda su madre, no quiso abandonarla y se volvió á su pátria, donde ordenado de sacerdote comenzó á emplearse en la cura de las almas: primero fué nombrado párroco de la Ciudad de Aguascalientes, y despues de su pátria, Zacatecas, cargos que desempeñó con gran provecho de sus feligreses y á toda satisfaccion de su Prelado. Hallándose vacante la canongía doctoral de Guadalajara hizo oposicion á ella, y aunque declarado el más digno por unánime sufragio de los jueces, no la optó por una intriga capitular, desaire que sufrió con el más heroico y humilde silencio; pero habiendo vacado la misma canongía en Durango, la obtuvo sin ninguna contradiccion. Su Obispo el Illmo. Sr. D. Pedro Tapiz, conociendo todo su mérito, le confirió varios empleos, entre ellos el de su Provisor general en todo el Obispado, en que manifestó tanto celo y vigilancia, aunque acompañado de prudencia, que fué continuado en el mismo cargo por el sucesor del Sr. Tapiz, D. Martin de Elizacoechea, quien hizo tanto aprecio de él que lo recomendó muy particularmente á la Corte de España para mayores ascensos eclesiásticos, siendo ya entonces dignidad Chantre de su Catedral. Pero en nada menos pensaba el P. Perez, que viéndose libre de la asistencia de su madre por el fallecimiento de esta, solicitó con el mayor empeño entrar en la Compañía, pasando á México para promover con mayor eficacia su admision: grande fué la resistencia del Illmo. Obispo por aquella pretension; pero al fin vencida esta, y obtenida la dispensa del Padre General, vistió la sotana de la Compañía el 30 de Julio de 1745, á los cincuenta y tres años de su edad. En el noviciado fué un modelo de observancia y perfeccion á toda la juventud que allí se educaba: acostumbrado á una vida muy cómoda en el siglo tanto en los alimentos como en los vestidos, y dueño hasta entonces absoluto de su voluntad, abrazó de tal suerte la pobreza evangélica, la vida austera y los sacrificios de la obediencia, como el más fervoroso de sus connovicios, se hizo niño con los niños, como quiere Jesucristo que se hagan los que aspiran á los eternos gozos, y siguiendo en todo las minuciosas y humildes

prácticas del noviciado, no se distinguia de los demás, sino en la gravedad de sus años y en el empeño de observar todas las reglas, extremándose especialmente en la mortificacion exterior, en la humildad y la modestia. Hechos los votos religiosos del bienio, fué destinado á la Casa Profesa de México, en la que vivió por veinte años con nombradía de insigne operario: solamente faltó de dicha casa por algunos meses en que fué mandado por el Provincial á arreglar la entrega de algunas misiones de la Tarahumara y Topía al Illmo. Obispo de Durango D. Pedro Anselmo Sanchez de Tagle; cuya comision aunque no tuvo por entonces todo su feliz resultado, sirvió en gran manera para hacer brillar en Durango las grandes virtudes religiosas, especialmente la mortificacion y pobreza del P. Francisco. Habiendo regresado á la Casa Profesa, cuyos laboriosos ministerios hemos descrito en otro lugar, su conducta tan edificante, que en las confesiones en el templo y á las casas de los enfermos de dia y de noche, asistencia á las cárceles, predicacion y demás ministerios, era de los primeros y no inferior á ninguno, á pesar de su edad y del cargo que la obediencia le hizo aceptar de decano del claustro de su facultad, en esa época muy molesta por la asistencia á las *Noches Tristes* y demás funciones universitarias: sobre todo en la epidemia de 1762, contando ya los setenta años, sus trabajos en las confesiones de los apestados á toda hora y á cualquiera distancia, se hicieron notar con admiracion por toda la ciudad. Cuando se intimó el decreto de expulsion á los Jesuitas, se hallaba enfermo de erisipela, por lo que no salió con todos de México, sino que fué trasladado al Hospital de Belen, y aunque allí se le persuadió eficazmente, atendida su vejez y quebrantada salud, que pasara á concluir sus dias á otra comunidad religiosa, se negó resueltamente á ello, protestando ser indigno de un hombre religioso no participar de las calamidades de su cuerpo, cuando habia disfrutado de sus ventajas. Así es que, aunque cada dia más enfermo y achacoso, constantemente solicitaba reunirse á sus hermanos para marchar al destierro, y habiéndolo conseguido salió para la Habana el 30 de Enero de 1768, en union de los que caminaron en el segundo viaje. A las molestias de esta navegacion se agregó una muy particular para el P. Francisco: habíale tocado un lugar para su cama, que caía debajo de la despensa; y como en los vaivenes violentos de la tempestad hubiesen chocado entre sí varios cántaros que iban llenos de miel, quebrados estos, escurrió el líquido por la juntura de las tablas, llenando toda la cama de la manera que puede suponerse, trabajo que sufrió pacientemente y sin ninguna queja, lo mismo que algunas asquerosas burlas de los marineros, en su lecho sin respeto alguno á la dignidad de sus canas. Llegado á Cádiz, quedó arrestado en el convento de los agustinos con